

Lorena Aguirre Cadarso

AMORES ANIMALES

Una historia de lucha,
superación y sanación
en el corazón de África



ESPASA

LORENA AGUIRRE CADARSO

AMORES ANIMALES

Una historia de lucha, superación y sanación
en el corazón de África



© Lorena Aguirre Cadarso, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: Lorena con Mubaki. © Jacha Potgieter

ISBN: 978-84-670-6914-3
Depósito legal: B. 4778-2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. MAMÁ LORENA	11
1. LAS VOCACIONES Y LOS NIÑOS	15
2. ESTO ES ÁFRICA	24
3. CONGO, MON PAYS	39
4. ¡ALARMA!	53
5. PADRES DE BUGORHE, LLOREMOS JUNTOS	64
6. LA TERAPIA	75
7. DIAMANTE ROJO	91
8. LA VIOLACIÓN NO ES UN NEGOCIO	103
9. EPIDEMIA MUNDIAL. NO SOLO ES CONGO	117
10. REBELDES POR NECESIDAD	135
11. MAMÁ ZAWADI, MAMÁ CHIMPANCÉ	152
12. VIDAS EN LA CUERDA FLOJA	166
13. ÁNGELES PROTECTORES	184
14. EL SÍNDROME DE LA IMPOSTORA	199
15. DOS DOCTORES Y UN MILAGRO	212
16. EL PODER DE LOS MANDATOS	230
17. DE CERO A CIEN	248
18. EL PLANETA DE LOS SIMIOS	265
19. DECISIONES	282
20. MAGIA Y MUERTE	299

21. LA CASA DE SEGURIDAD	320
22. LOS TRABAJOS DE HÉRCULES	340
23. MUJERES	357
24. JUSTICIA POPULAR	374
25. EN EL OJO DEL HURACÁN	391
26. MUTIMA	416
27. MAMÁ KERENE	433
28. LA LOCURA DE LA VIOLACIÓN	449
29. LOS ANIMALES SON LA MEJOR TERAPIA	461
EPÍLOGO. ¡VIVAMOS!	473
AGRADECIMIENTOS	479

1

LAS VOCACIONES Y LOS NIÑOS

Desde 2003 vivo intentando ser fiel a la vocación que me trajo hasta el corazón de África: proteger a los animales y a las personas que sufren. Ya de niña decía a todo el que me lo preguntaba que yo de mayor sería misionera y veterinaria; no es casualidad, por tanto, que haya terminado trabajando en Congo con una ONG, Coopera, y al frente de un programa de conservación comunitario llamado Mazingila, palabra que significa «medio ambiente» en lengua suajili.

Nuestra tarea es preservar la biodiversidad y mejorar la vida de las personas que viven cerca del ecosistema de las especies en peligro de extinción que se protegen aquí, en las faldas del Parque Nacional de Kahuzi-Biega, también conocido por las siglas PNKB. El corazón del programa es el Centro de Rehabilitación de Primates de Lwiro (CRPL), un santuario animal donde trabajo con un equipo maravilloso —y a veces capaz de crispas al más pintado, todo hay que decirlo—, especializado en salvar a los primates del tráfico ilegal de especies exóticas y de los que comercian con la carne de animales salvajes. Nuestra tarea consiste, en primer lugar, en localizar a chimpancés y primates que puedan estar en manos de cazadores furtivos para ser vendidos como mascotas, enjaulados en hoteles para divertimento de personas insensibles o encadenados a un árbol como animales «de compañía» en alguna aldea; acto seguido, contactamos con las autoridades competentes para que procedan a la confiscación de los ani-

males en nombre de una ley de conservación de la naturaleza que pocos parecen saber que existe en Congo. Muchas veces los aviosos nos llegan desde algún lugar recóndito de este inmenso país, por lo que toca hacer encaje de bolillos para que el transporte hasta el santuario resulte lo menos traumático posible para el animal y también para nuestras arcas. Esto último rara vez lo conseguimos porque casi nunca hay dinero disponible; y si no lo tenemos, hay que buscarlo... En fin, cada animal que llega al santuario lo hace con una larga y trágica historia a sus espaldas que incluye también, siempre, una logística complicadísima.

Muchos se preguntarán si tiene sentido tanto esfuerzo para ayudar a unos cuantos monos, habiendo como hay tantos millones de personas en todo el mundo que no pueden ni siquiera hacer una comida al día. A esta gente les diría que todos tenemos una misión en esta vida y que la mía es evitar que nos quedemos sin animales en el mundo. Soy de las que piensa que todo ser cuenta, ya sea una persona o un animal, que todos merecemos ser salvados. De igual manera, también creo que los seres no-humanos están especialmente indefensos, precisamente, por el mal uso que los humanos hemos hecho y hacemos del planeta. Por eso creo que los animales merecen ser tratados con respeto y amor. Está sobradamente demostrado que los primates y los grandes simios son actores decisivos en la tarea de dispersión de semillas de árboles y plantas en sus ecosistemas. Son, por lo tanto, un eslabón decisivo en el ciclo del agua y en la cadena de creación de ese oxígeno que todos respiramos. Estamos ante un *win-win* que beneficia a todas las partes y hacia el que debemos dirigir nuestros pasos como especie. Todos somos importantes para que el planeta Tierra sobreviva. Por esto justamente me gusta pensar que la sociedad tiende a ser cada vez más contributiva, que cada grupo humano asume desde su posición —ya sea la del líder político mundial o la del vecino que se preocupa por el reciclaje de su basura, todas son funciones importantes para cuidar el planeta— que la simbiosis de todos los seres vivos que habitamos este mundo sigue adelante.

Al mismo tiempo que el santuario realiza su actividad principal con los primates, desde Coopera también rehabilitamos,

equipamos y damos formación a nuestros vecinos en centros de salud y en escuelas; promocionamos los derechos de la mujer y de la infancia; creamos grupos de gestión de microcréditos para mujeres en zonas rurales apoyando asociaciones de mujeres ganaderas y agrícolas, sobre todo aquellas que cultivan y trabajan el delicioso café arábica; abrimos cursos de alfabetización para adultos; escolarizamos a niños y niñas e intentamos atender cualquier necesidad educativa que la comunidad nos comunique...

Por si todo lo anterior no fuera suficiente, esta increíble vida me ha permitido descubrir que la promoción de la salud mental es la otra gran pasión de mi vida. Aquí he aprendido que todos somos uno, que humanos, animales y entorno nos necesitamos mutuamente para vivir y, también, para sanar física y mentalmente.

PERO, ¿CÓMO HE TERMINADO YO AQUÍ?

Mi relato, mi camino, mi destino, comenzó a escribirse siendo yo apenas una niña con Bioko, el gorila de espalda plateada del zoológico de Madrid, mi primer gran amor. Mi abuelo me llevaba un domingo al mes para estar rodeada de animales y para poder verle. Nada me hacía más feliz. Por aquellos tiempos se podía dar de comer a los animales y recuerdo que mi abuelo guardaba el pan que sobraba en las comidas para nuestra visita mensual. Me encantaba sentir la trompa del enorme elefante cogiendo el pan de mi mano o los hociquitos de los caballos enanos; pero en especial me fascinaba sentarme al otro lado del cristal para ver a la pequeña familia de gorilas, sin tiempo ni prisas.

Hoy en día es impensable que los visitantes den de comer a los animales en un zoo. Gracias a Dios, sabemos más de nuestros vecinos de planeta y no solo se vigila que guarden una dieta sana y adecuada, sino las propias instalaciones de los zoológicos que aún permanecen abiertos se han ido adaptando a cada especie, intentando reproducir sus ecosistemas naturales para que los individuos no se vuelvan locos, para que no nos encontremos con

el estereotipo de la pantera dando paseos incesantes en una jaula raquítica, sufriendo, cuando se trata de un felino que recorre un territorio de entre 25 a 100 km² diarios y al que le encanta escalar y trepar a los árboles; o para no volver a ver al enorme elefante al que a mis cuatro añitos visitaba cada mes en Madrid, en una instalación rodeada por un temible foso de agua verde, donde no había ni un simple árbol que le acompañara en su soledad. Sí, he dicho soledad.

Hasta hace muy poco tiempo, conceptos como sufrimiento o soledad se aplicaban exclusivamente a los seres humanos, en ningún caso a los animales, a las bestias, *des bêtes*, como les dicen aquí en Congo, en francés. Entiendo que para la mayoría sea difícil comprender que todos somos animales; nosotros, en concreto, mamíferos del orden de los primates, con los que compartimos el sistema límbico, también conocido como el «cerebro emocional». Sin embargo, cada vez es más aceptado por la comunidad científica que una expresión como «sufrimiento emocional» se utilice para hablar de seres no-humanos y que un animal social, como pueda ser una cebra, sienta «soledad» al ser atacada por un león y quedar herida y rezagada de la manada. Todos podemos entender que el animalito sabe que va a morir y que siente miedo, eso seguro, pero ¿soledad? Mi experiencia personal me dice que sí son capaces de experimentarla.

Hace tiempo, casi ocho años, alguien trajo al santuario un cervatillo enano con un corte de machete en la cabeza. Era una hembra adulta de duiker azul, un pequeño antílope bastante común en África central, meridional y oriental. La llevamos a casa, pero por aquella época apenas teníamos equipamiento, y Lina, una joven veterinaria congoleña muy prometedora pero recién llegada al equipo, tampoco sabía qué hacer para ayudarla. A falta de otro tratamiento, la dejamos quedarse en casa para que pudiera recuperarse del percance, al menos, con tranquilidad. Al cabo de pocos días, la duiker azul me seguía por la casa junto al resto de los perros y los gatos, como una más de la familia. Incluso movía su rabito muy rápido cada vez que volvía para darle de comer, cosa que me sorprendió porque lo poco que sabía de estos

minúsculos y frágiles mamíferos era que son animales solitarios y que apenas se relacionan con otros para aparearse. En cualquier caso, el animal vivía razonablemente feliz entre nosotros hasta que su estado empeoró y una noche entró en agonía. Se moría. Yo la acomodé en una caja para dejarla por unos minutos y poder atender a una gatita que también estaba viviendo sus últimos momentos, pero cada vez que me alejaba de ella la duiker emitía un quejido lastimero que partía el alma. Ante semejante panorama, decidí tumbarme en la cama con ella sobre mi pecho para acariciarla. Si me levantaba al baño, lloraba. Si atendía a la gatita y no le hablaba a ella, gemía. No podía separarme del animal. Ni siquiera teníamos una inyección que la ayudara a llegar sin tanto dolor y sufrimiento al cielo de los ciervos, por lo que no paraba de susurrarle cosas bonitas a pesar de que mi cara era un poema, cuajada de mocos y lágrimas por la pena. Así estuvimos hasta que, por fin, exhaló su último aliento en mi cara. Yo no pude evitar un grito de dolor y, entre llantos y con la duiker en mis brazos, subí al piso de arriba en busca de Lina.

—¡No ha querido morir sola! ¿Has visto, Lina? Son animales solitarios que deberían estar preparados para morir solos, ¡pero no ha querido morir sola! ¡Nadie quiere morir solo! ¡Nadie! Ni siquiera los duikers.

Quizás tuve una reacción desproporcionada, no lo niego, pero todo tiene su porqué. Lo que llevó a esta madrileña a acompañar en la muerte a aquella pequeña duiker en un rincón perdido del Congo fue, además de mucha pasión y poca cabeza, otra historia que tiene mucho que ver con la historia colonial española en África.

EL SUEÑO DE ÁFRICA

A muchos españoles se les olvida que su país también hizo sus pinitos colonizadores en este continente, concretamente en Guinea Ecuatorial, también conocida como Guinea Española, así como en el Protectorado Español de Marruecos, Ifni y el Sahara

Español. La historiografía colonial española suele establecer el inicio de la colonización en África en 1778, con la expedición militar a las islas de Fernando Poo (actual Bioko) y Annobón. Sí, el nombre de Bioko, el mismo de aquel gorila que me señaló el camino de mi vocación y que yo fui siguiendo cual Pulgarcito, vuelve a aparecer en mi historia.

La colonización de este territorio progresó de forma muy lenta hasta completarse en 1926 con la ocupación de Río Muni y terminó con un referéndum supervisado por Naciones Unidas que declaró la independencia de Guinea Ecuatorial en 1968, pero después de esta fecha España y Guinea continuaron haciendo negocios mutuamente, incluyendo el tráfico de animales africanos con destino a Europa. Mi abuelo, también apasionado *animalero*, era íntimo de un veterinario que viajaba con regularidad a Guinea Ecuatorial para traer a España animales que luego vendía por un buen dinero. No puedo olvidar la impresión que sentí cuando vi en su casa a una pitón por primera vez, pero sobre todo guardo en la memoria el día en que mi abuelo me llevó a conocer a su «última adquisición», un bebe chimpancé vestido con una camiseta amarilla en la que podía leerse el que sería su nuevo nombre desde ese momento: Javier. En cuanto me vio, aquel pobre bebé se abrazó a mí y no hubo manera de separarnos. Fue un auténtico flechazo.

Recuerdo con vergüenza, mucha vergüenza, que cierto día llevamos a Javier a mi colegio, donde se volvió loco de contento trepando por las tuberías de la calefacción que recorrían los techos y las paredes de la clase, que también estaban pintadas de amarillo para animar el espacio. También recuerdo que aquel día hacía frío y le pusimos uno de mis jerséis, pues los dos teníamos la misma talla. El pobre Javier aparece en todas las fotos que guardo de aquella visita rodeado de niños y con cara de indiferencia. O, mejor dicho, con cara de *shock* y humillación. Sin duda, el entorno urbano no era el adecuado para un chimpancé como aquel ni como ningún otro.

Otro día, estando con Javier de visita en el veterinario, llegó un señor con una moto que llamó su atención; su curiosidad fue

tal que, sin tiempo a que nadie pudiera reaccionar, se lanzó sobre el artefacto recién llegado con tan mala suerte que el pobre animal se quemó con el tubo de escape y chilló loco de dolor. Para colmo de males, cuando el veterinario se le acercó para curarlo, Javier le mordió hasta hacerle sangrar; muerto de miedo, dio un salto y se lanzó sobre mí, buscando que lo abrazara. Desde ese momento el pobre Javier fue tachado de «animal peligroso». Al cabo de no demasiados días, mi abuelo me contó que habían llevado a mi amigo chimpancé de vuelta a Guinea Ecuatorial con tan buena suerte que, al llegar a la selva, su madre lo vio en seguida y bajó de un árbol corriendo para llevarle con su familia. Por ingenua que parezca, yo me creí esta versión de la historia sin rechistar durante muchos años, hasta que mi abuela me hizo caer del guindo diciéndome a las bravas la cruda realidad:

—¡Pero no seas tonta, niña! El chimpancé aquel mordía a todo el mundo, así que lo sacrificaron. Además, creo que tenía sida...

En aquel preciso instante pasaron varias cosas dentro de mí. Por un lado, se me partió el corazón en mil pedazos; por otro, decidí que quería dedicar mi vida a evitar que lo que le había sucedido a Javier les pasara a otros animales; y, por último, los chimpancés pasaron a compartir con los gorilas el lugar de honor en el *ranking* de mis amores animales.

De niña, mi película favorita siempre había sido *Mogambo*, con Clark Gable, Ava Gardner y Grace Kelly. Obviamente, yo era Ava Gardner por mi carácter y por tener el pelo moreno, y odiaba con todas mis fuerzas a la remilgada de Grace Kelly. Pero el año en que cumplí diez años se estrenó en los cines *Gorilas en la niebla*, la película que contaba la vida de la antropóloga Dian Fossey, interpretada por Sigourney Weaver. No hace falta decir que mi vida dio entonces un giro de 180 grados. Fossey se convirtió en mi heroína y empecé a leer como una loca todo lo que encontraba sobre los grandes simios, el *bushmeat* o comercio ilegal con carne de animales salvajes, la conservación de la fauna silvestre... También me interesé por otras antropólogas superfamosas, como Jane Goodall, que estudiaba chimpancés en Tanzania, y Biruté Galdikas, que hacía lo propio con los orangutanes en Borneo.

Las paredes de mi cuarto de aquel entonces no estaban empapeladas con fotos de cantantes de moda, pero sí con las de amigos, animales y mapas de África con la zona entre el Zaire y Ruanda siempre coloreada en rojo. Realmente, tuve una adolescencia atípica. O no tanto... El psicólogo educacional David Moshman afirma que, durante la adolescencia, desde los catorce a los veinte años, es cuando toma forma el pensamiento hipotético de las personas; es decir, se desarrolla la capacidad de pensar, valorar y tomar decisiones entre todas las posibilidades existentes en nuestro ecosistema vital. Moshman también señala que es muy habitual que el adolescente caiga en una serie de errores característicos de esta edad, como son el excesivo egocentrismo (el típico «Nadie me comprende»), considerarse invencible («Da igual lo que coma, beba o fume») o creer que tiene un destino heroico radicalmente distinto a su rutina diaria. Y sí, admito la evidencia: estos tres supuestos se quedaron grabados a fuego en mi carácter y marcaron mi personalidad adulta; quizás por eso tardé tanto en «madurar», signifique lo que signifique esta palabra.

Cuando llegó el momento de escoger una carrera universitaria me encontré en una previsible encrucijada. Lógicamente, con semejantes, antecedentes, consideré matricularme en veterinaria, pero después de muchas dudas, llantos y noches sin dormir, concluí que no era una carrera para mí por mi incapacidad para gestionar el dolor que me provocaba el sufrimiento ajeno. También valoré estudiar biología, pero no podía evitar verla como una carrera demasiado científica, alejada del trato y el cuidado directo de los animales que tanto ansiaba. Finalmente me decanté por la tercera opción en discordia, psicología, sabiendo que podía especializarme en etología, la ciencia que estudia el comportamiento animal. De esta manera aprendería sobre el cuidado de la psique de las personas al tiempo que sobre el comportamiento de los animales, una combinación que me ha resultado vital, tanto para comprender los traumas en las personas como para desarrollar un acercamiento psicoterapéutico en animales.

A pesar de que yo había sido una estudiante bastante buena hasta terminar el bachillerato, la etapa universitaria se me atragantó. Empecé a sentir en mis propias carnes la parte más dura de perseguir una vocación, cómo los obstáculos que surgen en el camino pueden ser mucho más altos de lo previsto y la ilusión por llegar a la meta, por hacer realidad esa vocación soñada, no basta para sortearlos. Opté a varias becas en Estados Unidos para estudios de postgrado en primatología, pero nunca las conseguía por culpa de las pésimas notas que sacaba, algo comprensible en tanto que había decidido estudiar toda una carrera compaginándola con trabajos de teleoperadora, camarera, azafata de congresos y otros tantos oficios, y, por supuesto, a fiestear y perderme en los recovecos de mi mente. Mi energía sabía adónde quería ir, pero estaba muy desperdigada.